

LARIZA PIZANO

MARÍA JOSÉ PIZARRO

En el nombre del Padre

IVÁN CEPEDA

JUAN MANUEL GALÁN

JUAN FERNANDO CRISTO

Historias de orfandad política en Colombia

RODRIGO LARA

YESID REYES

ANÍBAL GAVIRIA

 Planeta

MIGUEL URIBE LONDOÑO

PRÓLOGO

por Juan Diego Barrera Vásquez

*Psiquiatra y psicoterapeuta

“Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo”

GEORGE SANTAYANA

Yo aún me sigo preguntando en qué momento terminé escribiendo un prólogo para un libro de Lariza y es por este punto que quiero comenzar, contestándome y contestando a quienes están leyendo estas líneas ahora: giros inesperados de vida llevaron a que nos conociéramos durante la pandemia del covid y dados nuestros oficios terminamos generando discusiones que vinculaban la política con la salud mental.

En muchos momentos de reflexión hemos hablado, ella desde su cosmovisión como politóloga y periodista, y yo desde la mía como médico especialista en psiquiatría y psicoterapeuta, acerca de diferentes tópicos de la vida y entre ellos acerca de cómo los fenómenos de violencia en nuestro país han gestado nuestra identidad como colombianos y cómo nuestros líderes políticos nos llevan de la mano en ese devenir.

Dado lo anterior, surgió en Lariza la inquietud acerca del porqué muchos de nuestros políticos señalan el inicio o

fortalecimiento de su actividad social comunitaria a partir del asesinato de un ser querido, que a su vez era quien tenía en principio el oficio público. Así surgió la pregunta: ¿es el proceso de duelo un gestor del oficio político en Colombia? Dicho de otra manera, ¿es posible que, del trámite del dolor, se gestione el poder, se tomen decisiones que influirán en la vida de millones de colombianos, se regulen conflictos que van más allá de la génesis, tránsito y consecuencias de la violencia, se encuentren respuestas en la búsqueda de la vida pública y la participación ciudadana? Y creo que al leer la introducción del libro podrán conocer desde su perspectiva a qué hago referencia.

Aquí encontramos una serie de entrevistas que nos muestran, por una parte, la vasta experiencia de la autora en el periodismo; y por otra, y tal vez más importante, nos ofrecen relatos sobrecogedores que recuerdan la violencia como eje conductor del ser colombiano. La violencia que está presente en las historias de nuestras familias nos ha acompañado de forma tangencial y muchas veces transversal y hasta en zigzag, y eso nos lleva a una serie de preguntas de tipo existencialista, algunas sin respuestas tales como ¿qué sería de nuestras vidas de no haber ocurrido esto?, ¿viviríamos acá?, ¿tenemos bienestar?, ¿tenemos futuro?, entre otras.

Tratándose este libro de la pérdida por asesinato de figuras públicas, terminan siendo duelos de alcance nacional. No solo implica la pérdida de un individuo, representa la pérdida de un ser social que afecta la civilidad, la visión de futuro y genera profunda desesperanza en la comunidad general.

¿Cómo escribir un prólogo tal como me pidió Lariza, muy psiquiátrico y, según yo, sin caer en lo muy académico y lejano al lector?

Hay algo que quiero dejar claro, no intento ni deseo analizar a las personas que han sido entrevistadas, no estaré hablando de su idoneidad para ostentar los títulos y trabajos que realizan, no estoy haciendo un tratado del deber ser, solo intento entender y explicar el duelo por líderes sociales, eso es todo, sin mayor pretensión. Tampoco busco hacer un tratado sobre todas las teorías del duelo. Mi intención es que el lector se aproxime al fenómeno del duelo.

Impacta leer en los entrevistados la dificultad para explicarse y explicar lo ocurrido, la búsqueda incesante de una verdad, de hacer negociaciones sanas y viables, la necesidad de heredar un legado, de brindar un homenaje en la búsqueda de dar ejemplo, de reparar como forma de reconciliación. Es igualmente impactante cómo se esperaba que el Estado no solo brindara búsqueda de verdad y justicia, sino también sostén emocional. Todo lo anterior necesario para poder sanar. Y en cuanto al proceso de sanación afortunadamente existen las redes de apoyo y en casos como el de María José Pizarro, redes tejidas por la feminidad y sus códigos, lo cual da para escribir tomos. En últimas, porque la verdad —sabiendo que esta afirmación puede levantar ampollas—, con excepciones, es que la masculinidad puede llegar a ser muy torpe en el ejercicio de conectar emocionalidad asertiva y empática. Ella dice “... este país ni nos ofreció justicia ni nos tendió la mano para superar nuestra pérdida...”. Volviendo a mi hipótesis, ¿es esto producto

también del predominio de instituciones encuadradas en el machismo patriarcal?

¿Es este un libro sobre padres e hijos?

Vale decir que el padre ocupa un lugar central en la constitución del psiquismo del hijo. Según Freud, el padre representa la ley, la norma y la prohibición (el límite). Introduce el límite a la fusión imaginaria entre madre e hijo marcando la diferencia generacional y sexual. De esta forma el niño internaliza la autoridad, la norma social y moral que se transformará en el superyó (la parte de la mente que actúa como una voz interna de normas y valores). Por otra parte, el padre es figura de identificación constituyendo aspectos de su identidad y del ideal del yo (la parte de la mente que toma decisiones y trata de mantener el equilibrio entre nuestros impulsos y las normas). Pero el padre no solo es ley, también puede ser vivido como protección, apoyo y continente emocional. Aporta seguridad, diferenciación, brinda un modelo de regulación emocional contribuyendo a la resiliencia del hijo, modula la relación con el mundo externo. Habiendo dicho esto, imaginemos la desaparición abrupta y violenta de esta figura en una persona.

Hay diferencias en cómo se vive la pérdida del padre dependiendo de la edad, el momento de desarrollo, la calidad del vínculo y el contexto del duelo (en el caso de este libro, un duelo obligado por la violencia, por el asesinato). También cómo se reestructura la red de apoyo y quién o quiénes suplen la ausencia de la figura paterna.

Ahora bien, y para tener un marco teórico alrededor de la temática del libro, ¿qué es el duelo? Según Freud, el duelo implica retirar la libido del objeto perdido e investirla en nuevos objetos. Cuando el duelo se complica, puede aparecer melancolía, con identificación del yo al objeto perdido. Me pregunto: ¿surge en la necesidad de tener un modelo a seguir, de entender el mundo, de no destruirnos en la ausencia, el continuar con la obra de un ser querido que ha sido arrebatado por la violencia?

El duelo es un proceso psicológico por el que pasamos todas las personas ante la pérdida, en donde una persona asimila, comprende y se adapta a dicha pérdida. No se trata de superar la pérdida, sino de integrarla a la propia historia, a la realidad de vivir día a día con la pérdida, aprendiendo a vivir con sentido y conexión emocional, a que el recuerdo y afecto asociado no nos quiebre o nos haga pensar que no vamos a poder más. Así, se debe no solo reconocer la realidad de la pérdida, sino también expresar y procesar emociones (así sean dolorosas, no huir de ellas como muchos quisieran), reorganizar la vida, encontrar un nuevo sentido o vínculo, reinvertir la energía afectiva, idealmente quedando en paz. No es un olvido, es seguir viviendo con un recuerdo que va y viene como las olas del mar.

Hablando de duelo resulta inevitable no hacer alusión a Elizabeth Kübler-Ross, quien describió que las personas ante la pérdida pasamos por una serie de etapas: negación, en donde en medio de la incredulidad y el bloqueo se busca dar tiempo para poder asimilar la realidad; ira, en donde se

podría decir que en la búsqueda de un culpable se intenta mover energía psíquica para evitar caer en pasividad; negociación, en donde se busca un acuerdo imaginario con la realidad o con un ser/instancia superior y así obtener una ilusión temporal de control; depresión, al tener contacto directo con la magnitud de la pérdida, el dolor; aceptación, reconociendo lo que pasó, buscando calma, y reorganización para seguir viviendo con la pérdida pero ya integrada a la propia vida. Aclarando que no se trata de fases lineales ni rígidas, es un tránsito entre ellas, no necesariamente se pasa por todas las fases, no hay un tiempo definido para cada etapa ni para la elaboración del duelo. Simplemente se trata de un proceso, un viaje con diferentes cruces de caminos que ayudan a transitar la pérdida.

Hay un impacto específico en lo descrito anteriormente cuando ocurre una muerte violenta: hay ruptura abrupta del vínculo, angustia traumática, ambivalencia, culpa, dificultad para tener una elaboración simbólica, riesgo de identificación traumática. Aunado a lo anterior, temor persistente, hipervigilancia, desconfianza con el entorno y la justicia, con reacciones sociales complejas por estigmatización, exposición mediática, revictimización judicial y aún, aunque paradójico, matoneo social, lo que empeora en el imaginario cuando con frecuencia nos decimos “por algo sería”. Es un duelo complicado *per se*, entre otras cosas se pierde la confianza básica en el mundo y en la justicia; puede llevar a enfermedades mentales como depresión, ansiedad, trastorno de estrés postraumático con signos y síntomas que alteran el funcionamiento global de los sobrevivientes.

Y es precisamente en el proceso de duelo donde los entrevistados han buscado continuar con agendas políticas como parte de su propia reconstrucción promoviendo una continuidad simbólica saludable reencuadrando la identidad y pasando de ser víctimas a sobrevivientes. Todo con un proyecto que da sentido y que de alguna manera atenúa el dolor. En la búsqueda de preservar, se puede explicar el intentar seguir ejerciendo la tarea loable de la persona perdida. Y no es fácil, muchas veces nadando contra la corriente tal como se refleja en la afirmación de Iván Cepeda: "... lograr verdad y justicia se trata de una lucha contra el sistema...".

Al leer el libro no dejo de pensar en cada uno de los ciudadanos de este país, también víctimas, la mayor parte de las veces silenciosas, de fenómenos violentos. No dejo de pensar en el símil de paternidad y rol del Estado como figura del padre que nos moviliza permanentemente en la configuración y reconfiguración de nosotros como individuos inscritos en lo social. En cómo el Estado puede estar ausente o ser negligente generando una orfandad colectiva en nuestros procesos de humanización y trato digno, o en cómo también puede verse vulnerado ante el fenómeno violento causado por integrantes del mismo Estado, o por ciudadanos que actúan por fuera de las normas. Intentando ser más claro ampliaré la idea: el Estado igual que padre da la norma, el límite, la protección, el amparo, la mediación. Tiene una función estructurante para organizar el mundo interno, conteniendo la angustia, marcando los límites entre lo permitido y lo prohibido. Así en su ausencia o en la negligencia lleva a la desconfianza institucional, la inseguridad, la

vulnerabilidad. Al buscar “padres” sustitutos, las personas con identidad frágil pueden buscar caudillos o se asocian en grupos de dudosa procedencia tales como religiosos o armados —por citar ejemplos—, que brindan la contención que el Estado no dio. En otras palabras, se da una fragmentación social en donde cada quien “se las arregla como puede”: una espiral de resistencia y represión en donde se vive con rabia y resentimiento. Si el Estado por sí mismo es violento y ya no protege, se torna amenazante, llevando así a sus ciudadanos a vivir en el trauma, en la ambivalencia, en el miedo. Se normaliza así la violencia y se generan ciclos de duelo crónico, en una cultura del dolor y la desconfianza. Hay una deslegitimación de la democracia, se debilitan los pactos sociales, se refuerzan las brechas sociales, el contrato social se vacía, ya no hay reparación.

En estos casos ya podríamos hablar del duelo complicado. Muchos se estarán preguntando entonces ¿qué es un duelo complicado o patológico? Se trata de un proceso estancado o desviado generando sufrimiento intenso, prolongado o desadaptativo que interfiere con el funcionamiento cotidiano, es decir, interfiere con el funcionamiento personal, laboral o social. En estos casos puede ocurrir que el dolor no disminuya con el tiempo, que la persona permanezca anclada en el pasado, que se evite o se bloquee el contacto con la emoción, que la emoción se exprese con síntomas físicos o depresivos, que la reacción aparezca mucho tiempo después de la pérdida, que las emociones sean tan intensas que se desborden.

Afortunadamente, los seres humanos podemos sublimar. Y la sublimación es el mecanismo de defensa psicológico

por excelencia que nos permite transformar lo negativo en actividades constructivas, creativas, socialmente valoradas, para así adaptarnos ante la adversidad. Es ese proceso el que nos permite seguir adelante con proyectos de vida buscando plenitud y satisfacción.

No voy a afirmar que Lariza sea la primera en escribir del tema, pues en el país existen muy valiosos libros y estudios académicos que han abordado el tema de las fuentes de la violencia en Colombia. Lo que sí puedo afirmar es que Lariza ha realizado un trabajo concienzudo y nos ofrece una visión periodística que compila por primera vez y de primera mano el relato de muchos de quienes han recogido las banderas de sus seres queridos asesinados y que han decidido seguir sus pasos.

Agradezco su confianza al hacerme parte de su libro, acercarme de su mano a nuestra historia y hacer una aproximación a nuestros mecanismos de afrontamiento en el duelo. En especial, el duelo en la violencia que a todos afecta de una u otra forma.

Aunque he citado a dos de los entrevistados con el fin de ilustrar mis notas, no es mi deseo restar importancia a cada una de las historias de vida que encontrarán acá, pues cada uno de ellos hace afirmaciones de valor histórico y cavilaciones de gran trascendencia.

Al final, creo que este texto nos invita a cada uno de nosotros a pensarnos en la relación que tenemos con nuestros más cercanos seres queridos, es un viaje personal para reflexionar acerca de la vida, de la muerte, del duelo, de la resiliencia, a continuar con nuestros procesos vitales de la

mejor manera posible ante la adversidad. Creo yo que en su lectura nos quedarán más preguntas que certezas. No en vano, en la elaboración del duelo lo que predominan son las preguntas y todos tenemos nuestros duelos por afrontar.



INTRODUCCIÓN

Del duelo a la acción, ¿cómo han sublimado el dolor los políticos colombianos?

por Lariza Pizano

La historia política colombiana está marcada por una herida persistente: la orfandad que deja la violencia. Durante décadas, el conflicto armado, los magnicidios y los asesinatos selectivos han truncado proyectos de vida y han dejado a miles de colombianas y colombianos huérfanos. Entre ellos, cientos de políticos que, como en otras profesiones, han seguido la vocación de sus padres pero que, sin embargo, han tenido que entregar la posibilidad de construir un destino propio para recorrer un cambio inesperado en sus vidas. Así, ellos han debido optar por la recuperación de memorias y la reivindicación de las historias de sus seres queridos.

Si bien todas las víctimas tienen el mismo valor y resulta, incluso, más difícil, ser víctima anónima —hijo de un asesinado más— las implicaciones de la muerte de los políticos de figuración nacional merecen un análisis independiente. No en vano la violencia política contra liderazgos visibles ha

implicado duelos colectivos que reconfiguran la agenda política y las instituciones del país y que, mediante las acciones públicas de quienes quedan vivos, ha determinado destinos más allá de los familiares.

Este libro nace de esa constatación y de la inquietud acerca de cómo han tramitado varias figuras políticas contemporáneas y activas la muerte violenta de sus padres, asesinados por los paramilitares, las guerrillas, el Estado o el narcotráfico. ¿Han superado el dolor con deseos de venganza? ¿Con expectativas de justicia? ¿Con vocación de paz? ¿Con la decisión de plantear políticas públicas específicas? En últimas, los políticos hijos de políticos, huérfanos por cuenta del asesinato de sus padres o madres, ¿en qué se han transformado? ¿De qué manera han sublimado su dolor? ¿Qué camino han decidido tomar?

La coyuntura para escribir el texto es especial en lo que se refiere al tema. De casi cien candidatos presidenciales inscritos para el proceso electoral de 2026, al menos seis presentes en el sonajero inicial son huérfanos como consecuencia de la violencia. María José Pizarro, Iván Cepeda, Juan Manuel Galán, Juan Fernando Cristo y Aníbal Gaviria. Este último no perdió a un padre, sino a un hermano que consideraba referente.

Y hay que considerar una paradoja dolorosa adicional: mientras se preparaba este libro, otro de los candidatos incluido en la lista de entrevistas posibles, por cuenta de su orfandad, Miguel Uribe Turbay, fue víctima de un atentado en un parque de Bogotá el 7 de junio de 2025. Dos meses más tarde, el 11 de agosto, falleció a causa de sus heridas en

la Clínica Fundación Santa Fe. Su muerte reactivó una memoria histórica que volvió a ocupar cabezas, titulares y sentimientos, evocando el trauma de los años ochenta y noventa, cuando los magnicidios políticos eran parte de la vida cotidiana. En plena escritura sobre las historias de orfandad en la política colombiana, el asesinato de Miguel añadió un nuevo muerto colectivo; una familia revivió un duelo transgeneracional, y una conversación privada sobre el pasado se convirtió abruptamente en noticia y luto social.

Las entrevistas reunidas aquí —a los candidatos presidenciales Iván Cepeda, Juan Manuel Galán, María José Pizarro, Juan Fernando Cristo, Aníbal Gaviria y Miguel Uribe Londoño, al exministro Yesid Reyes y al exsenador Rodrigo Lara— permiten observar cómo el asesinato de un padre, de un hermano o de una madre se transforma en un punto de quiebre y, a la vez, en un motor de acción pública. Todos ellos relatan pérdidas radicalmente diferentes, pero canalizadas a través de un patrón de acción común: la violencia política como inflexión en vidas que deciden una vocación, la memoria como brújula, la decisión de escoger un camino y la política como escenario para elaborar lo insoportable mediante la promoción de ideas de mano dura o de reconciliación.

De manera reiterada en todos los relatos aparece un elemento transversal: la ausencia abrupta no se procesa solo como tragedia personal, sino como un vacío político. Iván Cepeda habla de un tránsito entre la indignación y la búsqueda de justicia, un proceso en el que la muerte de su padre marcó no solo su vida, sino su forma de entender el país y la

lucha por la verdad. Juan Manuel Galán recuerda cómo, en un tiempo en que no existía el lenguaje contemporáneo sobre salud mental, el asesinato de su padre, tramitado a toda velocidad y rodeado de acciones que lo involucraron en el devenir político siendo aún adolescente, lo empujó a buscar un sentido político y académico para comprender el reformismo democrático que inspiró a Luis Carlos Galán.

Para María José Pizarro la orfandad fue doble: de padre y de patria. Su testimonio revela el abandono del Estado y un duelo que la obligó a reconstruir la figura de Carlos Pizarro, con quien escasamente compartió 48 días —después de que él decidiera dejar las armas y la clandestinidad— para hacer el duelo y sobrevivir. Juan Fernando Cristo, por su parte, narra cómo la política se convirtió en su “diván”, en el espacio donde pudo convertir el dolor —y la impunidad persistente del crimen de su padre— en una agenda legislativa que transformó la vida de millones de víctimas.

En el caso de Rodrigo Lara, el asesinato de su padre lo obligó a navegar un duelo marcado por la cercanía directa con el hecho violento, el exilio forzado y la posterior reconstrucción investigativa de una verdad que el Estado nunca esclareció plenamente. Aníbal Gaviria, en un registro distinto, reflexiona sobre el destino, sobre cómo decisiones aparentemente inocuas terminaron encadenando su vida a la de su hermano Guillermo, en un recorrido marcado por la no violencia y, paradójicamente, por el asesinato perpetrado por las Farc, guerrilla con la cual él, aun haciendo el duelo, decidió apoyar un acuerdo de paz.

Yesid Reyes relata un duelo atravesado por la mediatización y por la claridad inmediata sobre las responsabilidades institucionales en la toma y retoma del Palacio de Justicia, hecho que lo llevó a convertir el legado de su padre en una vocación jurídica y ética. También señala la paradoja de haber liderado la construcción del sistema de justicia transicional del acuerdo de 2016 entre el Estado y una guerrilla, a pesar de que un grupo guerrillero inició la acción que en 1985 terminó dando lugar a la muerte de su padre.

Sus testimonios muestran, desde distintos ángulos, el mismo fenómeno: en ellos, políticos hijos, hermanos y padres de políticos; la política ha sido un mecanismo de sublimación del trauma. Como explica la literatura especializada en psiquiatría política —poca, pero la hay— las pérdidas violentas suelen transformarse en acciones públicas, en agendas de justicia, en proyectos de país. Este libro examina ese tránsito, no para romantizar la violencia, sino para entender sus marcas más hondas y las formas —a veces íntimas, otras profundamente institucionales— mediante las cuales quienes sobrevivieron han buscado hacer de ese dolor una causa pública.

Colombia es un país donde la orfandad no es excepcional: es estructural. Aunque imposible dar con un número cerrado, la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición (CEV) habla de más de nueve millones de personas víctimas del conflicto armado. La cifra, más que solo contabilizar, funciona como símbolo de denuncia activa de los millones de colombianos que han

enfrentado durante décadas duelos sin respuesta estatal, procesos truncados por la impunidad y silencios que se extienden por décadas. En el caso de las historias aquí reunidas, cada entrevistado vuelve sobre las preguntas esenciales: ¿cómo se elabora un duelo que no es solo personal sino colectivo? ¿Qué significa vivir y hacer política en un país que ha normalizado la muerte violenta de sus dirigentes? ¿De qué manera el dolor se convierte en vocación, en identidad y en una forma de liderazgo?

Además del dolor, sorprenden en las respuestas de Cepeda, Reyes, Uribe, Cristo, Galán, Pizarro, Gaviria y Lara otros aspectos comunes. Entre ellos cómo, a pesar de la cercanía con el poder, ninguno ha recibido respuestas satisfactorias de la justicia. Eso, incluso, tras haber recibido peticiones de perdón —como sucedió en el caso del senador Iván Cepeda, a quien el Estado colombiano le pidió perdón por el asesinato de su padre, Manuel Cepeda. “Ni siquiera conociendo a fiscales, procuradores, presidentes, he podido saber por qué mataron a mi padre”, se pregunta Juan Fernando Cristo. Como él, los demás tampoco han tenido respuestas definitivas por parte de una justicia que nunca cierra capítulos o pasa las páginas. Que incluso por confesiones de los victimarios se sepa quiénes fueron los asesinos de sus padres, no implica que haya habido verdades ni responsabilidades judiciales.

Otro elemento en común es la obligación que muchas de las figuras entrevistadas tienen de seguir el legado de quienes fueron asesinados. Unos, evocando la imagen de sus progenitores o parientes para hacer campaña. Otros, dejando

esa imagen de lado. Y todos, recordando que los suyos son muertos colectivos y que tal vez eso ha sido un aliciente para resolver sus dolores, a diferencia de las víctimas anónimas cuyos muertos no despiertan solidaridad, ni empatía, ni titulares, ni duelos sociales, ni conversaciones de cafetería. “Seguramente es mucho más duro ser hijo de una víctima que no despierte duelos ni lutos colectivos o nacionales. Llevar el dolor anónimamente debe generar más dificultades de tramitar el duelo”, plantea Rodrigo Lara.

Estas páginas son, al mismo tiempo, un mapa emocional y político del país. Muestran que la violencia marca los liderazgos en Colombia, pero también que, a través de la política, muchos de ellos han encontrado una forma de recomponer el sentido, de resistir al olvido y de construir futuro allí donde la muerte quiso cortar la historia. Acciones sobre las que pocas veces han reflexionado pero que, al ser convertidas en decisiones políticas desde las instancias de poder a las que llegan, terminan incidiendo en toda la sociedad. Ejemplo de ello, la Ley de Víctimas que lideró Cristo, las acciones de memoria de María José Pizarro o la reconfiguración de la campaña electoral que tuvo lugar después de que Miguel Uribe Londoño decidiera lanzarse a la política para sobrevivir a la desgarradora pérdida de su hijo.

Este libro busca iluminar ese recorrido: el del duelo a la memoria, el de la herida al legado, el de la pérdida a la acción. Es muy significativo que en un país que se precia de su democracia, y que tiene semejante variedad de competidores presidenciales con posibilidades reales, muchos construyan sus historias políticas a partir de vivencias familiares profundas.

Desgarra el dolor de los protagonistas, quienes aquí abrieron el corazón y la memoria para ser entrevistados sobre su duelo y la manera de ponerle la cara o hacerle el quite.

Este libro está dedicado a todas las víctimas de orfandad en este país. A quienes en la guerra colombiana han perdido padres o madres (sobre todo padres, pues al ser la política una actividad tan masculina han sido más los hombres asesinados). También a los políticos y candidatos que en medio de sus agendas en un año electoral le dedicaron horas a sorprender —y a veces sorprenderse— con las reflexiones sobre sus dolores más íntimos. A ayudarme a resolver inquietudes sobre cuáles son y de dónde vienen las motivaciones de quienes ejercen el poder en Colombia y, también e indirectamente, a sublimar mis propias ausencias.

Agradezco al doctor Juan Diego Barrera, por introducir este texto, por ayudarme a comprender desde la psiquiatría los fenómenos políticos y por darme luces en el camino de sublimación de mis propios duelos. A la maravillosa periodista Juana Salamanca por ayudarme a contrastar rigurosamente los hechos y acompañarme en la edición, con conciencia y cuidado de cada palabra, y al politólogo Esteban Salazar Pardo, por ser mi mano derecha, y el apoyo editorial de este libro.



1. JUAN FERNANDO CRISTO BUSTOS

“La política ha sido mi diván”

El 8 de agosto de 1997, el senador y médico de origen libanés Jorge Cristo Sahium se dirigía a su consultorio en el centro de Cúcuta. Antes de dedicarse a la política, solía recorrer en lancha el río Catatumbo para atender a las comunidades del Norte de Santander. Su vocación por la medicina se mantuvo incluso tras su incursión en la política departamental y luego nacional. Hacia las 8:45 de la mañana, un comando del Ejército de Liberación Nacional (ELN), que se movilizaba en una camioneta Toyota gris, interceptó al senador y a su único escolta. Cristo Sahium, padre de cuatro hijos, fue acribillado dentro de su vehículo. Nada pudieron hacer los médicos de la Clínica San José. Tenía 67 años.

Su hijo mayor, Juan Fernando Cristo, entonces embajador de Colombia en Grecia, recibió la noticia horas más tarde en una llamada del presidente Ernesto Samper. Regresó al país sabiendo que no volvería a hablar con quien consideraba su mejor amigo y consejero. Su diván fue la política: recogió las banderas de su padre y fue elegido senador por el Partido Liberal en 1998. Durante 16 años

en el Congreso, Cristo asumió la vocería de las víctimas y promovió la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (2011). Su labor legislativa lo llevó al Ministerio del Interior (2014-2017), durante el segundo gobierno de Juan Manuel Santos, donde tuvo a cargo la implementación del Acuerdo de Paz de 2016 y logró sacarlo de cuidados intensivos tras la victoria del “No” en el plebiscito.

En 2019 fundó la disidencia liberal En Marcha. Tras una breve precandidatura presidencial en 2022, asumió la jefatura de campaña de Sergio Fajardo. En agosto de 2024 regresó a Casa Giralda, sede del Ministerio del Interior, para relanzar la implementación del Acuerdo de Paz, promover la reforma al Sistema General de Participaciones y acompañar el trámite de las reformas sociales del presidente Gustavo Petro. Para el 2026, Juan Fernando Cristo se perfila como el candidato presidencial de En Marcha.

En Colombia, la política ha sido escenario para tramitar duelos personales y colectivos como lo reconoció Juan Fernando Cristo al narrar su historia. La muerte violenta de su padre no solo definió su vida íntima, sino que lo llevó a convertir el dolor en acción política y en la búsqueda incansable de la paz. Con la Ley de Víctimas, de su autoría, se materializó un duelo personal inscrito en la memoria colectiva. Sabe que la no obtención de verdad acerca del crimen de su papá refleja el drama de miles de familias en el país. Su testimonio es también un llamado a que la paz se proyecte en la capacidad del Estado y de la sociedad de dar justicia, verdad y dignidad a quienes como él han sufrido la violencia en carne propia.

¿Qué significó su padre, Jorge Cristo Sahium, en su formación? ¿En qué momento de sus vidas estaban usted y su padre cuando sucedió el crimen?

Mi padre era mi referente político y mi guía moral, el centro de nuestra familia. Como buen libanés, su concepto de familia era muy amplio. En esa época yo había tenido la oportunidad de estar en el servicio público (a su muerte ocupaba la Embajada en Grecia) y de formar mis propias opiniones políticas, pero entre mis prioridades no se encontraba la política electoral que apasionaba a mi papá. Su asesinato partió mi vida en dos, y todo lo que él representaba para mí en cuanto a estabilidad y seguridad en la vida se derrumbó en un instante.

¿En qué cambió específicamente?

Ese momento me cambió para siempre, me obligó a replantear mis prioridades, a tomar decisiones sobre mi futuro que jamás había considerado. Casi que a asumir la mayoría de edad. Esa sensación de orfandad como adulto es muy extraña. Mi papá me parecía inmortal y creía que iba a contar con él por mucho tiempo más. Con los años comprendí que esa muerte condicionó mi relación con el país, con la violencia, con Dios y con la manera en que concebí la política.

¿Cuál es el último recuerdo que conserva de él?

El último recuerdo que guardo de mi padre está en la mesa familiar, en la serenidad con la que hablaba de política y de la vida cotidiana. Tenía la capacidad de moverse entre lo público y lo privado con naturalidad, siempre afectuoso. En

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras comunidades
de lectores en redes sociales:

 @planetadelibrosco

 @planetadelibrosco

 Planeta de Libros Colombia

 @PlanetadeLibrosCo



Y uno para quienes disfrutan del ensayo,
la crónica y lo mejor de la literatura:

@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lector
encuentra contenido exclusivo y
comparte tus libros favoritos.

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co

Grupo  Planeta

Creemos en los libros